

100 DIAS EN LA CASA BLANCA

ENTREVISTA A BARACK OBAMA, Presidente de Estados Unidos

«Soy optimista aunque tardaremos tiempo en recuperar la confianza»

Conversando en el Despacho Oval, Obama preconiza una refundación económica del país cimentada en una mayor regulación de los mercados financieros. «Lo que había estado ocurriendo en Wall Street en los últimos 10 años era insostenible», dice.

DAVID LEONHARDT

THE NEW YORK TIMES / EL MUNDO, 3.05.09

El presidente, Barack Obama, explicó durante un discurso en la Universidad de Georgetown, el 14 de abril, las razones por las que estaba asumiendo directamente tantos temas económicos. Obama argumentó que el país necesita romper los periodos económicos cíclicos de burbuja y crisis y citó el Nuevo Testamento en un llamamiento en pro de una refundación económica de la nación. Esta refundación debe cimentarse en mejores escuelas, energías alternativas, una asistencia sanitaria con un coste más razonable y un Wall Street más estrictamente regulado, según manifestó.

Poco después, aquella misma tarde, me senté con el presidente para hablar acerca de las posibilidades de que su programa de acción política cambiara la vida diaria de este país.

Era nuestra tercera entrevista sobre economía; las primeras dos habían tenido lugar durante la campaña electoral del año pasado. Si bien el

escenario era mucho más protocolario en esta ocasión -el Despacho Oval-, la entrevista transcurrió como una conversación.

Nos sentamos en el despacho en el extremo opuesto a su mesa y hablamos durante 50 minutos. No estaba presente ninguno de sus consejeros económicos. A medida que la conversación avanzaba, Obama se expresaba en términos cada vez más personales.

Al final, cuando le pregunté si estaba leyendo algo que mereciera la pena, dijo que había empezado a leer una novela por las noches, *Netherland*, de Joseph O'Neill.

I. EL FUTURO DE LAS FINANZAS

Pregunta.- Me pregunto si podría exponer un poco su proceso de aprendizaje en el tema de las finanzas y cómo piensa que han de ser las finanzas en la economía del mañana. ¿Es necesario reducir su importancia?

Respuesta.- En primer lugar creo que deberíamos hacer una distinción entre las finanzas como fluido vital de nuestra economía y las finanzas como sector económico importante en el que contamos con ventajas comparativas. Así pues, en términos de crecimiento de nuestra economía, simplemente tenemos que disponer de crédito suficiente con el que financiar empresas, grandes y pequeñas, y con el que aportar a los consumidores flexibilidad para afrontar compras a largo plazo como viviendas y automóviles. Eso no va a cambiar. Es más, a mí me preocuparía que nuestro mercado crediticio se contrajera de forma que no hiciera posible la financiación del crecimiento económico a largo plazo.

Lo que eso implica es que no sólo tenemos que tener un sector bancario en buenas condiciones de salud sino que vamos a tener que pensar en qué hacemos con el sector no bancario que estaba facilitando la mitad de nuestro crédito y vamos a tener que determinar si, como consecuencia de algunas medidas que han tomado la Reserva Federal y el Tesoro, vamos a ver restablecido o no el mercado de productos seguros.

Yo soy optimista en el sentido de que, en última instancia, vamos a ser capaces de volver a poner en funcionamiento esta parte del sector financiero. Pero podría tardarse un cierto tiempo en volver a recuperar la confianza y la fiabilidad.

Lo que creo que va a cambiar, lo que pienso que era una aberración, es esa situación en la que los beneficios empresariales del sector financiero fueron una parte tan considerable de nuestros beneficios totales a lo largo de la última década. Eso creo que va a cambiar. En parte, eso va a estar relacionado con las consecuencias de una regulación que va a impedir algunas prácticas de apalancamiento masivo y de asunción masiva de riesgos que han llegado a ser tan habituales. Ahora bien, en cierto sentido creo que es importante comprender que, en primer lugar, parte de esa riqueza era puramente ilusoria.

P.- Entonces, ¿no la echaremos en falta?

R.- La echaremos en falta en el sentido de que, como consecuencia de que había jóvenes de 25 años cobrando bonos de un millón de dólares, estaban dispuestos a pagar 100 dólares [unos 75 euros] por un filete para cenar y el camarero se estaba sacando en propinas cantidades que harían morir de envidia a un profesor de universidad. Así pues, parte de esa dinámica del sector financiero acarreará ciertas consecuencias de

contracción económica para capas sociales más bajas, sobre todo en un lugar como Manhattan.

Sin embargo, lo que yo creo es que siempre ha habido la sensación de que era insostenible lo que había estado ocurriendo en Wall Street a lo largo de los últimos 10 o 15 años. Wall Street va a seguir representando una parte importante, enorme, de nuestra economía, de la misma manera que ya lo fue en los años 70 y 80. Lo que no representará será la mitad de nuestra economía. Eso significa que habrá más talento y más recursos que vayan a otros sectores de la economía, cosa que en realidad yo creo que es buena.

Vamos a ser testigos de algunos cambios, aunque no creo que vayamos a perder las enormes ventajas que se derivan de la transparencia, de la apertura, de la fiabilidad de nuestros mercados. A lo que contribuirá en todo caso un régimen regulatorio más enérgico será a restablecer la confianza, y ya verá usted cómo seguirá habiendo grandes cantidades de capitales de todo el mundo que van a seguir queriendo venir a EEUU.

P.- Hubo un gran debate entre los asesores del presidente Franklin Delano Roosevelt sobre si había que dividir las empresas, no sólo los bancos, y partirlas con el objetivo de regularlas de manera más eficaz, o sobre si era mejor contar con empresas grandes, enormes, potentes y de crecimiento rápido y contar también con reguladores fuertes. Me da la impresión de que ahí hay una analogía con el debate actual. ¿Cree usted que lo adecuado es tener estos supermercados regulados por unos reguladores fuertes o necesitamos una versión moderna, muy diferente, de la ley que, en 1933, prohibió a los bancos comerciales realizar actividades de banca de inversión hasta su abrogación en 1999?

R.- Mire, yo me remito a las pruebas que hasta ahora indican que otros países que no han padecido en sus mercados financieros algunos de los problemas que nosotros sí hemos tenido no hacen, sin embargo, ninguna distinción entre bancos de inversión y bancos comerciales, por ejemplo. Tienen un modelo de supermercado que tienen fuertemente regulado.

II. EL BILLETE A LA CLASE MEDIA

P.- Siguiendo con la Gran Depresión, se produjo entonces un aumento importante de titulados de Bachillerato. Durante aquella década, y también en la siguiente, el título de bachiller pasó de ser coto de unos pocos privilegiados a ser lo habitual y se convirtió en algo así como un billete a la clase media. ¿Es su intención que todo el mundo aspire a un título de enseñanza superior tras cuatro años en la universidad? ¿O es suficiente con asistir a un centro superior, con independencia de que se obtenga o no el título, para entrar a formar parte de la clase media?

R.- En mi discurso en la sesión conjunta [de la Cámara de Representantes y del Senado] nos fijamos un objetivo en el que se afirmaba que todo el mundo debería acceder al menos a un año de formación postbachillerato. Yo creo que sería demasiado rígido afirmar que sea necesario que todo el mundo pase cuatro años en un centro superior. Todo el mundo necesita una formación suficiente después del instituto para ser competente en áreas que exigen unos conocimientos técnicos, porque resulta muy difícil imaginar que sin eso se vaya a conseguir un puesto de trabajo que dé para vivir. Como mínimo, resulta muy complicado imaginar que se vaya a tener un puesto de trabajo estable si se carece de esa formación.

En la medida en que podamos mejorar no sólo nuestros institutos sino también nuestros centros comunitarios superiores [donde se cursan

ciclos de dos años de enseñanza superior] para proporcionar unos sólidos fundamentos técnicos que posibiliten la realización de tareas complicadas en una economía propia del siglo XXI, creo que eso no sólo será bueno para cada persona en particular sino que va a ser un punto fundamental para toda la economía en su conjunto.

Quiero hacer hincapié, no obstante, en que una parte de esta tarea ilusionante es conseguir que los chicos reciban también en el instituto aquello que necesitan. Mire, yo recurro a mi abuela como ejemplo en muchas ocasiones, pero creo que en este caso es muy ilustrativo. Mi abuela nunca llegó a tener un título superior. Fue al instituto. Sin embargo, fue capaz de llegar a vicepresidenta [puesto equivalente a subdirectora general] de un banco, en parte porque la educación que había recibido en el instituto había sido lo suficientemente rigurosa como para que pudiera comunicar y analizar la información de una manera que, francamente, no puede hacer hoy un buen puñado de graduados superiores de muchos lugares del país. Así pues, parte de las funciones del título que se otorga en nuestros institutos es acreditar unos conocimientos.

Tenemos que ponernos a ello en nuestro programa de reforma de la educación. Tenemos que centrarnos no sólo en aumentar los porcentajes de los que obtienen un título sino también en conseguir que lo que se aprenda tras pasar por un instituto o un centro superior sea más sólido y más eficaz.

P.- Los estudiantes universitarios van a encontrarse con que tienen un título superior en plena recesión. Están preocupados por que sus puestos de trabajo se los vaya a llevar China. ¿Qué les diría?

R.- Una vez más creo que el gran reto que tenemos por delante en la educación es garantizar que -desde la guardería hasta la universidad- todo el mundo esté aprendiendo la clase de conocimientos que le harán ser competitivo y productivo en una economía moderna y tecnológica.

Quiero más titulados superiores; quiero más titulados superiores específicamente en especialidades como matemáticas y ciencias; quiero más estudiantes de ingenierías. Lo cierto es que no contamos con los suficientes electricistas con la formación necesaria para el tendido de las líneas.

Creo que una parte de la economía postburbuja que estoy describiendo es una situación en la que vamos a restablecer un equilibrio entre fabricar cosas y proporcionar servicios. No vamos a volver de ningún modo a una economía en la que la fabricación industrial represente un porcentaje tan grande como allá por los años 40.

En todo caso, el punto clave consiste en que, si se analiza quiénes serán a largo plazo nuestros competidores en la economía mundial (China, la India, la Unión Europea, Brasil, Corea), los países que produzcan la mano de obra mejor educada, cuyo sistema educativo haga más hincapié en las ciencias y en las matemáticas, que sean capaces de traducir esos conocimientos tecnológicos o esos conocimientos científicos en aplicaciones tecnológicas, éstos serán los que gocen de una ventaja más importante en la economía. Yo creo que tenemos que esforzarnos en esa vía para mantener nuestra fortaleza económica.

III. DE DONDE VIENEN LOS ECONOMISTAS

P.- Durante la campaña electoral, usted dejó claro que había pensado mucho en los debates económicos durante la Administración Clinton. Dijo que quería contar con personas como Robert Rubin y Robert Reich. Tiene usted toda una variedad de demócratas dentro de su equipo de política económica.

R.- [Ríe] Pero no tengo ni a Paul Krugman ni a Joseph Stiglitz [los dos economistas, galardonados con el premio Nobel, se han manifestado críticos con Obama]. Vamos a ver, lo cierto es que lo que yo he estado buscando insistentemente es un pragmatismo implacable cuando se ha tratado de política económica.

IV. FUERA DE PELIGRO

P.- ¿Cree usted que esta recesión es un hecho con la suficiente trascendencia como para obligarnos a que, como país, estemos dispuestos a tomar algunas de las difíciles decisiones que son necesarias? Tradicionalmente, estas decisiones se han tomado en épocas de depresión o de guerra, y no estoy tan seguro de que la situación haya empeorado hasta tales extremos.

R.- Parte de esas decisiones van a depender del liderazgo, así que voy a tener que presentar argumentos convincentes. Por otra parte, eso es lo que he estado tratando de hacer desde que llegué aquí, insistir en que éste es el momento de que tomemos algunas decisiones importantes y difíciles. Hay críticos que han dicho que estoy abordando demasiadas cosas, que no se puede hacer todo esto a la vez, que el Congreso no tiene capacidad para digerirlo todo. Rechazo todo eso rotundamente. No hay nada inherente a nuestro proceso político que nos impida que tomemos ahora estas decisiones difíciles en lugar de hacerlo dentro de 10 años o de 20. Parte de mi trabajo, según creo yo, es salvar la

distancia entre el statu quo y lo que sabemos que tenemos que hacer de cara al futuro.

P.- ¿Le preocupa que el ciclo económico vaya a complicar las cosas?

R.- Es algo en lo que pensamos. Yo sabía, antes ya de las elecciones, que éste iba a ser un viaje muy difícil. Que la economía había sufrido un golpe considerable y que no iba a ser fácil recuperarse de la noche a la mañana. En cierto sentido, todo eso resulta liberador. En el sentido de que, disponga de un mandato o de dos, los problemas son lo suficientemente importantes y fundamentales como para que no tenga ninguna posibilidad de librarme de ellos. Los problemas son mucho más importantes, afectan mucho más al sistema. Así pues, en cierto sentido uno siente que están al margen de la política.

En lo que yo tengo mucha confianza es en que, dadas las opciones tan complicadas que tenemos planteadas, estamos tomando las decisiones adecuadas, muy bien pensadas. Tengo una confianza enorme en que estamos sopesando todas nuestras opciones y en que vamos a elegir la mejor en cada caso.

Eso no significa que todas esas elecciones sean correctas o que vayan a funcionar exactamente como queremos que lo hagan. Pese a ello, me levanto y me acuesto con la sensación de que la dirección que hemos escogido para impulsar la economía es la correcta y que las decisiones tomadas son las mejores.

LA REFORMA DE LA ATENCION SANITARIA

«Necesitamos un debate entre médicos y expertos en ética»

P.- Usted ha dado a entender que la asistencia sanitaria es en estos momentos la prioridad legislativa número uno. ¿Puede explicar en qué será diferente la atención médica cuando se haya implantado la reforma?

R.- Parte de lo que el Gobierno puede hacer con eficacia es ser un intermediario sincero entre médico y paciente en la evaluación y valoración de las opciones de tratamiento. No cabe duda de que, cuando se trata de Medicare [seguro médico estatal para ancianos y minusválidos] y Medicaid [seguro médico estatal para personas de bajos ingresos], cuyos gastos pagan todos los contribuyentes, tenemos la obligación de mantener sus costes bajo control.

En realidad, pienso que la cuestión más peliaguda en torno a la asistencia médica está muy relacionada con la atención sanitaria al final de la vida.

P.- Efectivamente, son 20.000 dólares [unos 15.000 euros] por cada semana adicional de vida.

R.- Exacto. Precisamente yo acabo de pasar por eso. Ya he contado esto, quizás no en público, pero el caso es que mi abuela se puso muy enferma durante la campaña. Tenía cáncer y se llegó a la conclusión de que era terminal. Dos o tres semanas después, mi abuela se cayó y se rompió la cadera. Los médicos dijeron que quizás había sufrido un pequeño derrame cerebral, que es lo que habría provocado la caída. A pesar de su debilidad, ella optó por que le sustituyeran la cadera y se sintió bien durante unas dos semanas después de la operación y entonces, las cosas se precipitaron.

No tengo ni idea de cuánto costó que le sustituyeran la cadera. Yo habría pagado hasta el último céntimo que hubiera tenido para que le cambiaran

la cadera simplemente porque era mi abuela. La cuestión de si, considerando el coste total, es un modelo [de asistencia sanitaria] sostenible que la sociedad tome la decisión de ponerle una cadera nueva a mi abuela, o a los abuelos o los padres ya mayores de cualquier otra persona, cuando sufren una enfermedad terminal. Es muy difícil de responder. Si alguien me hubiera dicho que no le podían sustituir la cadera a mi abuela y que tenía que pasarse los últimos días de su vida allí echada, con todo ese dolor, me habría parecido terrible.

P.- Tiene que ser duro para aquellas personas que no tienen la posibilidad de pagárselo.

R.- Ahí es donde yo creo que se entra en cuestiones morales verdaderamente peliagudas, pero eso es también un gran generador de costes. Lo que quiero decir es que los enfermos crónicos y los que se encuentran al final de su existencia representan un 80% del total del coste de la asistencia sanitaria.

P.- ¿Qué podemos hacer?

R.- Va a tener que haber un debate dirigido por médicos, científicos y expertos en ética. Tendrá que haber un debate democrático muy difícil pero que hay que hacer. Es muy difícil imaginar que un país tome esas decisiones a través de los canales políticos normales. Esa es en parte la razón por la que hay que contar con un grupo de independientes que proporcionen algún criterio.

LAS NUEVAS BRECHAS ENTRE GENEROS

«Hay que eliminar la diferencia salarial entre hombres y mujeres»

Pregunta.- Las fábricas se llenan con hombres en un porcentaje desproporcionado. Todavía existe el sexismo, las diferencias salariales, pero el salario de los hombres se ha estancado y el de las mujeres ha ido hacia arriba. ¿Cómo pinta el futuro laboral en el caso de los hombres?

Respuesta.- Para esos hombres, el declinar de la fabricación industrial es el declinar de un estilo de vida y no sólo una pérdida de ingresos. Una economía sana tendrá una amplia miscelánea de puestos de trabajo y tiene que haber un lugar para todos. No creo que esos trabajos tengan que desaparecer. Creo que van a representar un porcentaje más reducido de la economía en general.

P.- ¿Animaría usted a los hombres a sentirse más a gusto trabajando en áreas en las que tradicionalmente no lo han hecho? Por ejemplo, la enfermería es un área en la que se paga muy bien. Y hay escasez de personal.

R.- Yo pienso que enfermería o enseñanza son áreas en las que necesitamos más hombres. Siempre he dicho que, si pudiéramos tener más hombres en las aulas, sobre todo en los barrios céntricos pobres de las ciudades, en los que muchos de nuestros jóvenes no tienen padre, eso podría producir unos beneficios enormes.

Ahora bien, en muchos de esos campos, los hombres han estado mal pagados porque han sido áreas predominantemente femeninas. Así pues, parte de lo que tenemos que hacer es reconocer que es exactamente igual de probable, si no más, que sean las mujeres y no los hombres quienes traigan hoy día el pan a casa. En consecuencia, resulta de capital importancia eliminar las diferencias salariales entre hombres y mujeres y las diferencias salariales entre unas áreas de actividad y otras. Ya hemos tomado medidas al respecto para tratar de avanzar en esa dirección.

En mi opinión, si se empieza a ver que en la enfermería se paga mejor y que en la enseñanza se paga mejor, y como en ellas, en otras profesiones, se van a ver más hombres en estas áreas. Aunque aquí hay un poco el cuento del huevo y la gallina, que, si se empiezan a ver más hombres en estas áreas, empezarán a caer los estereotipos, esos estereotipos acerca de que este o aquel otro campo sean más propios de las mujeres y todos los estereotipos de género que surgen de pensar que las mujeres no son el sostén fundamental de la familia.

P.- ¿En algún momento ganó Michelle más dinero que usted?

R.- ¡Ah, sin duda alguna! Probablemente sólo durante un periodo breve de tiempo, porque yo estaba pluriempleado con tres trabajos durante la mayor parte del tiempo que estuve en el Senado, ejerciendo como abogado y dando clases. Entonces, si se suma todo eso, tengo la impresión de que yo todavía ganaba un poquito más. Sin embargo, cuando empecé la campaña para presentarme al Senado y tuve que dejar esos trabajos, fue ella la que nos mantuvo durante un par de años.